

Contra la muerte. Al profesor y amigo Pablo Chiuminatto
Against death. To my teacher and friend Pablo Chiuminatto

Sebastián Astorga A.
Universidad Andrés Bello
Chile
Sebastianastorga@gmail.com



Que el mundo será un lugar mucho más aburrido sin él, resonaba como la fórmula más certera entre las que nos repetíamos los tristemente impactados amigos, familiares, colegas y alumnos. Nadie se esperaba que así, de un momento a otro, saliera del juego el más luminoso de los jugadores. Pablo llenaba de alegría, de inteligencia y curiosidad, de pasión creativa, de diálogo generoso y de sutil mordacidad los encuentros más cotidianos.

Lo conocí en 2010, en una clase de estética, donde exponía su investigación sobre René Descartes y el trabajo visual que contaminaba y enriquecía sus publicaciones con herencias antiguas, complejas y muchas veces contradictorias con las ideas canónicas establecidas sobre el autor en cuestión. Quedé fascinado por el cúmulo de imágenes atractivas y sobre todo por la pasión y energía

de este profesor que parecía un duende en hongos. Luego me enteraría de que ni siquiera bebía una copa de vino.

Unos años después sería mi profesor guía para la peregrina tarea de escribir una tesis doctoral en literatura. Mi formación dispersa en psicología, letras, artes y música hacían un buen match con la suya de artista visual, cantor de coro, filósofo, profesor de letras. Yo andaba perdido sobre a qué tema hincarle el diente y él me invitaba a conversar a su oficina, a tomar té, y en el placer de discurrir sobre cualquier cosa, en la asociación libre que él se había apropiado como método de conversación y enseñanza, me llevó a verme subrayando una idea: que feliz participaría de un grupo de estudio que tratara sobre ríos. Corte de la sesión. Nos fuimos caminando por el parque, yo con un improbable tema de tesis, pero tema al fin, y con el profesor Chiuminatto como guía.

Sus clases, las más estimulantes del programa doctoral, más que contenido transmitían la pasión por investigar y dialogar con el arte y el pensamiento universal. Heredero de los métodos de Aby Warburg y su Atlas Mnemosine, sus clases provocaban la búsqueda de repeticiones, conexiones y obsesiones entre obras e imágenes a veces muy distantes en el espacio y el tiempo; por qué y cómo esas obras aún nos removían hoy, era una de las claves a perseguir. Así pasábamos de Homero a Bob Esponja, de las pinturas rupestres de la cueva de Chauvet a la demostración de la felicidad aérea de Fred Astaire bailando de cabeza en el techo de una habitación. El relato de algún misterio griego se hacía vívido con el movimiento de los carros de aseo en el pasillo. Pablo hacía resonar la literatura en la sala de clases, rompía con la distancia estéril del estudiante y la obra, del estudiante y la realidad, porque a todos nos tocaba hacernos cargo de la fábula y el mito en el presente inmediato, “transfusión de lo arcaico al momento presente”, leo en Pontalis. Así, sin muchas anotaciones en el cuaderno, la clase quedaba vibrando y con los sentidos despiertos.

La paternidad y el mundo editorial nos llevó a encontrarnos en plazas y ferias, donde nos entregábamos al delicioso arte del chisme y del pelambre. Pablo era un dandy, un artista a tiempo completo, donde el sentido del estilo, la diferenciación y la belleza eran una cuestión esencial. No quedaba títere con cabeza desde su lengua afilada y su mirada profunda bajo su boina inglesa o su sombrero Panamá. Cuánto agradezco haber pasado esas largas tardes de ferias del libro, desternillado de la risa maldiciendo el horror del pueblo chileno con este Bouvard y Pecuchet oriundo de Quilpué. Como el Chico Molina o Luis Oyarzún en los años 50, Pablo nos traía la elegancia de Roma y París en sus modos y trajes, en su conversación culta y ávida.

Como buen dandy, Pablo huía de las modas intelectuales, y en las formas clásicas o en autores más periféricos se sentía a gusto. Y, ¡cuántas lecturas magníficas me invitó a recorrer! Ponge, Bachelard, Canetti, Deleuze, Luis Oyarzún, Mistral, Borges, Blumenberg, Chatwin, Praz, Segalen, Serres... el Job, a leer el Job, primera lectura del trabajo de tesis, y luego Dante, y así, había que sumergirse en la cultura universal sin miedo, y no perder el tiempo en agendas de turno. Lejos del poder, lejos de la institucionalidad y sus tareas, el diálogo al que estábamos llamados los lectores era con el universo vivo de la belleza y del pensamiento. La tesis vendría por añadidura, se realizaría por y en ese viaje.

La curiosidad de la niñez, que brillaba en su mirada, estaba en cada uno de sus movimientos, que no eran pocos, y así regó con ideas y proyectos los más distintos espacios: la ciencia, la salud, la institucionalidad cultural, las artes y las letras. El renacentista Pablo se multiplicaba y hacía sentir protagonista a cada uno de sus colaboradores. Cuántos proyectos habrán quedado a medio camino. Por mi parte, me invito a una conversación sobre Mistral y San Francisco a propósito de unos dibujos de Alberto Cruz en torno al santo; con Sofía y Felipe, mis compañeros de ruta en el doctorado —el *Team Chiuminato*—, en seguir explorando las humanidades ambientales; todo esto mientras compartíamos ideas sobre el futuro escolar de nuestros hijos o sobre los devenires editoriales de Lecturas Ediciones y Orjikh con su compañera de ruta, Soledad Sairafi.

Cuánto dolor en esta muerte inútil, innecesaria, absurda. “Se muere con demasiada facilidad — escribe Canetti—. Morir debería ser mucho más difícil”.

Es difícil dar espesor a estas palabras, ser justo con su cariño, generosidad e irradiación, con lo que queda vivo de él en todos nosotros.

Pienso en sus cuadros, paisajes abiertos, oníricos, donde reina una especie de paz. Por ahí andará hoy nuestro querido Pablo, que nos invitó a no avergonzarnos del mito. Yo le decía que se dedicara a la pintura, en vez de andar luchando con instituciones y tareas permanentes. Él me decía que desempolvaba el cartón de psicólogo. Pero amaba transmitir las ideas que le apasionaban, sentía una responsabilidad con los pensadores y artistas que lo acompañaron y formaron, como una familia imaginaria e ideal a la cual dedicó su trabajo y amplió generosamente a nuevas generaciones. Tuve la suerte de estar ahí.

Quedamos en la posta, de seguir empujando, por treinta años más, a nuestros héroes.